

EL LABERINTO Y EL HILO

Un Museo como una esperanza

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Declaraciones de los señores Carlos Neuhaus Ugarteche y Héctor Velarde han dado a conocer cuán adelantados, pese a la indiferencia gubernativa, se hallan los trabajos encaminados a convertir en Museo de Bellas Artes el antiguo "Palacio de la Exposición". No se exagera un punto si se afirma que la realización próxima de un proyecto como éste tiene una trascendencia cultural extraordinaria. Quienquiera que haya estado en los países de Europa y América, en donde existen una o más entidades de esa índole, está capacitado para colegir el inmenso provecho que para la ilustración general se desprende de la actividad de un museo como el planeado por el Patronato de las Artes. Porque no se trata ya, como antaño, de levantar un edificio en cuyas paredes y salas duermen cuadros y esculturas de mediano o gran valor, sino de establecer un contacto vivo entre la sensibilidad del hombre común y la creación artística calificada. El museo dinámico llama al visitante y no sólo procura interesarlo en la belleza de una tela, por ejemplo, sino que le despeja una perspectiva acerca de la personalidad de quien la firma, la tendencia a la que pertenece, la época en que está situada, la vinculación de ella y su autor con respecto al pasado y al futuro. Funde la entidad, así, por medio de un ligamen de conocimiento profundo, al espectador y al artista, en una especie de comunión espiritual permanente. Esto es lo que se llama, en sentido estricto, tradición.

La educación, por cierto, no se reduce a los enseñanzas escolares. Un niño lee en sus libros, verbigracia, que el arte es esto o aquello, de acuerdo a la definición teórica que se emplee, pero no llega a captar el fondo si no ve en la realidad cómo se cumple el postulado aprendido. Así como se ilustran la astronomía, la física, la geografía, las ciencias naturales, etc., con experimentos y excursiones, el arte requiere de la verificación inmediata que concreta en el lienzo las afirmaciones orales o escritas. Sólo un museo, y un museo, además, que no sea un depósito irrestricto de objetos desordenados, auxiliará a los maestros en su menester pedagógico. Debemos reconocer que hasta hoy —salvo en lo que se refiere a arte prehispánico— el Estado no ha tenido la menor preocupación en la extensión cultural de las artes plásticas. Si no fuera por el bello Museo de Reproducciones de la Universidad, que desarrolla un cometido de emergencia, no habría en Lima ningún lugar en donde poner al estudiante y al ciudadano corriente en relación con el patrimonio pictórico de la humanidad.

Claro que no se va a pedir al Museo de Bellas Artes que se inicie ofreciendo obras maestras: no hay fortuna que permita adquirir siquiera un muestra de las menos costosas de cada etapa de la gran pintura. Pero sí, con la cooperación de los coleccionistas, con ciertos especímenes singulares de las artes plásticas nacionales, con piezas que sean donadas generosamente, la institución del Paseo Colón será capaz de brindar una eficaz introducción a ese mundo maravilloso de la creación estética del color y la forma. Dentro de un concepto activo, de otra parte, dicho museo podrá ampliar los conocimientos adquiridos por el público en las exhibiciones a través de charlas, proyecciones cinematográficas, publicaciones económicas y otros órdenes de complementos objetivos. Héctor Velarde ha dado una pauta al afirmar que todo depende de la buena disposición de los que pueden colaborar en esta obra de beneficio espiritual. La noticia de que el Museo de Bellas Artes marcha, inspira una esperanza que no puede ocultarse y pide el pleno estímulo tanto privado cuanto oficial.